

Ayer por primera vez en tres semanas de confinamiento decidimos salir a la azotea del edificio donde vivimos.

Siempre respetuosos de nuestros vecinos nos limitamos a correr en el área que corresponde al techo de nuestro departamento. Sólo entonces me di a la tarea de medir con pasos el área que llevamos compartiendo por más de 21 días. Es sorprendente lo que puede pasar en este espacio donde convivimos cinco personas: dos adultos, un chico de 17 años, otro de 14 con síndrome de Down y una chica de 10. Imagino que la nuestra es una historia como la de tantas familias vecinas del barrio, del país, del continente y del mundo. Lo cierto es que ésta es una experiencia que hasta ahora, incluso podría decir que disfruto.

Verán, nosotros nos fuimos de nuestro amado México hace poco más de un año para estudiar un posgrado, pasó un año y nos gustó tanto la aventura que decidimos extenderla. Como cualquier extranjero hicimos los trámites para poder quedarnos en este bello país que hoy nos acoge. La noticia de que el padre de familia no tenía autorizada su estancia nos llegó unos días antes de ir a pasar las fiestas navideñas en México, así que nos fuimos cinco y volvimos cuatro. Durante dos meses viví con mis hijos en este espacio, la incertidumbre era el pan de cada día, traté de continuar con las rutinas para que la vida no se sintiera tan distinta, mi mayor cantidad de energía se enfocó en acompañar las emociones de todos e intentar mantener mi estabilidad, aunque claro, a veces yo me rompía por dentro y lloraba desconsoladamente; sobre todo cuando llegaron los cumpleaños de dos de los críos y el papá tuvo que cantar las mañanitas vía video-llamada, cosa que puede resultar tan común para muchos, pero para nosotros era la primera vez en 17 y 10 años respectivamente. Fue un tanto doloroso. Después se sumó el logro de nuestro artista, el hijo mayor participó en un concurso de dibujo y su obra quedó finalista, con lo cual hicimos un viaje a la ciudad donde se montó la exposición y nuevamente, aunque disfrutamos el viaje y conocimos aquella ciudad, fue inevitable la frase "ojalá papá estuviera aquí".

El 29 de febrero con la emoción a flor de piel, mil historias que contar, besos y abrazos que compartir; fuimos al aeropuerto a recibirlo, su visado había sido liberado cinco días antes y finalmente venía a casa.

Quince días después, el 13 de marzo, inició el confinamiento. Después de dos meses separados, la convivencia 7x24 es algo que agradezco. Estamos juntos, estamos sanos y sí, estamos disfrutando de los cincuenta y cinco metros cuadrados que albergan nuestro hogar. Cincuenta y cinco metros cuadrados de un collage de historias y emociones; sensaciones y conversaciones; encuentros y desencuentros; amor, fortaleza, paciencia y disciplina; enmarcados en la conciencia de vulnerabilidad que nos hace ser humanos.

Nuevamente mi energía se enfoca en cuidar de mi salud mental y emocional, para entonces poder ofrecer guía y acompañamiento a los críos; solo que esta vez tengo refuerzos.

Katuy Cruz